

II

PERSPECTIVAS, CLÁSICA Y ACTUAL, PARA SITUAR LA IZQUIERDA Y LA DERECHA.

Es de notar que ese buen aire que parece tener el estar a la izquierda es cosa de hace poco, y el hecho de ser de centro es algo que, como vamos a ver, apenas tenía sentido más allá de dos siglos atrás, cuando se contraponía la derecha y la izquierda.

Precisamente Jorge Martínez Albaiceta, en su reciente libro "*Izquierdas y derechas. Su sentido y misterio*", analiza con detenimiento y minuciosidad las significaciones semánticas, simbólicas, psicoanalíticas y sociológicas de ambas palabras en numerosos idiomas, culturas, países y contextos literarios y costumbristas.

Leemos en él que tanto en la India dravidiana como en la aria, "la derecha se opone a la izquierda como la austeridad se opone a la zurdería, lo puro a lo impuro, lo recto a lo curvo, lo noble a lo vil, la rectitud a la bajeza, la dicha a la infelicidad, el bien al mal, la bondad a la crueldad, lo normal a lo anormal, el orden al desorden, lo sagrado a lo profano".

En Grecia, *dexios* significa diestro, dispuesto, hábil, y *skaios* o izquierdo equivale a infortunado, ominoso, injurioso. En Roma, *dexter* es sinónimo de favorable, propicio, afortunado, hábil, oportuno, correcto, adecuado y *sinister* es de lo torpe, erróneo, perverso, incorrecto, infortunado, injurioso, adverso, de mal agüero, tonto... De modo semejante ocurre en el pueblo hebreo. Así, en el Eclesiástico, X, 2, se lee: "El corazón del sabio está a su lado derecho; mas el corazón del necio, a su lado izquierdo." Son palabras de David, repetidas por Cristo (Mt. XXII, 44): "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra." En el juicio final, como refiere Mateo (XXV, 31-46), los corderos, es decir, los bienaventurados, serán colocados a la derecha de Dios y los cabritos, o sea, los condenados, a su izquierda; palabras que glosa Orígenes escribiendo que los santos "que obraron obras derechas recibieron en premio de sus obras derechas a la derecha del Rey, en la cual está el descanso y la gloria", mientras que los malos, "por sus obras pésimas y siniestras, cayeron en la siniestra, esto es, en la tristeza de los tormentos".

Simbolismo seguido en la "Divina Comedia", pues Dante y Virgilio, en su travesía, doblan siempre a la izquierda para dirigirse a la sede de Satanás, y toman el camino de la derecha cuando ascienden hacia Dios.

Según nuestro diccionario, las palabras *derecho* o *derecha*, entre sus múltiples significados, tienen las de: recto sin sin torcerse a un

lado ni a otro, cierto, conocido como verdadero, seguro, indubitable. *Diestro* es hábil, experto, sagaz, prevenido, favorable, benigno, venturoso. *Izquierdo*, en sentido figurado, equivale a torcido, no recto; y *sinistro*, avieso, mal intencionado, infeliz, funesto, aciago, propenso a lo malo. En "El sueño del infierno", de Quevedo, podemos leer: "Hablando con perdón, los zurdos, gente que no pueden hacer nada a derechas, quéjense de que no están con los otros condenados; y aquí dudamos si son hombres u otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero; pues si uno va a negocios y topa con un zurdo se vuelve como si topara con un cuervo o lechuza."

Los psicólogos explican que la predilección por el lado derecho es un contenido normal del inconsciente. Según Freud en "La interpretación de los sueños": "El camino de la derecha (el camino derecho) significa siempre el camino del derecho y, en cambio, el izquierdo, el del delito." La diestra —explica— puede simbolizar la heterosexualidad o el matrimonio; y la izquierda, la homosexualidad, el incesto, la perversión.

Esta semántica, simbología y subconsciencia corresponden a una concepción cósmica del universo creado, completamente diversa de la que domina en política, periodismo, literatura, cuando hoy oímos hablar de centro, derecha e izquierda. Creemos, por esto, que vale la pena profundizar acerca de cuál es el sentido de esta diferencia tan patente.

Para expresarlo, quizá, puedan servirnos tres palabras: *equilibrio*, *sincretismo* y *eclecticismo*.

La imagen profunda que queda en nuestro subconsciente, la que exteriorizan todas las semánticas y recogen casi sin excepción las simbologías religiosas y laicas más dispares corresponde a una concepción en la cual la verdad, el bien, la justicia, responden a un orden objetivo, en la que aquella no es sino la *adaequatio rei et intellectus*. Esa *adaequatio* no puede hallarse sino en un punto de equilibrio entre la cosa real y su representación en nuestro intelecto cognosciente; y éste, para llegar a él, debe seguir el camino diestro, es decir, al adecuado para conseguir desvelar toda la realidad de la cosa captando su *numen*.

La derecha es el punto de equilibrio en torno al que nos asimos, mientras que la izquierda queda fuera de él; corresponde al error, al mal, a la injusticia. Si dinámicamente nos movemos en torno a la verdad, giramos siempre a la derecha, conforme a esa simbología, y todos los errores de cualquier clase, por contrapuestos que resulten, quedarán siempre a la izquierda.

En esa concepción no cabe sincretismo ni eclecticismo, pues entre la verdad y el error no hay posibilidad de composición verdadera;

ni entre el punto ontológicamente acertado y el contrapuesto equivocado caben sino otros puntos también errados. Y así no hay más dialéctica que la reacción producida por el error, el mal y la injusticia, reacción que, como la fiebre de un enfermo, puede concluir en la crisis de la enfermedad o en la muerte.

Notemos, sin embargo, que, para el pensamiento clásico, la verdad y el error no agotan el total conocimiento humano, sino que se reconocen unas esferas de lo desconocido y otras de lo discutible, en las cuales la verdad y el error no se hallan definidos o no están definitivamente establecidos; ni tampoco el bien y el mal se estimaban siempre definidos pues son admitidos unos ámbitos indiferentes y otros indecisos e imprecisos. Pero, evidentemente, en muchas cosas se daban como conocidas la verdad y el bien, simbolizados y expresados, como hemos visto antes, por la rectitud y la destreza.

En cambio, la actual perspectiva de una humanidad dividida en derecha e izquierda, con un centro entre ambas, obedece a otra visión completamente distinta a la expresada. Nace religiosamente del agnosticismo, filosóficamente del nominalismo y política y económicamente del liberalismo.

Si la verdad y el bien no tienen un fundamento objetivo, *in re*, sino subjetivo, en nuestra conciencia o en la conciencia común, resultará que la diversidad de apreciaciones del sujeto cognoscente y las oscilaciones de la conciencia colectiva trazarán, en su proyección gráfica, unos extremos entre los cuales pueden hallarse posiciones intermedias que, al no creerse en la verdad objetiva o en la posibilidad de conocerla, constituirán una zona templada en la cual el eclecticismo y el sincretismo, sustituirán al equilibrio de la *adaequatio rei et intellectus*.

Siendo así, es de subrayar que al perder el sentido de la verdad, del bien y de la justicia objetivas, nuestra civilización ha pasado de la separación tajante de derecha e izquierda —como verdad y mentira, bien y mal, justicia e injusticia, entre las cuales sólo cabía lo indiferente, lo incógnito o lo totalmente desconocido— a una dialéctica de posiciones subjetivas, ideológicas (idealistas o materialistas, aunque esto parezca, respectivamente, tautológico y paradójico), entre las cuales hay un centro que aspira a la síntesis de las tesis contrarias, y que, aun en el caso de conseguirla, tampoco garantiza la verdad, ni el bien, ni la justicia, ni puede impedir el surgimiento de una nueva antítesis, sino que incluso la provoca.

Cuando no se cree que exista algo objetivamente cierto, o no se busca con rigor, el mundo está condenado a oscilar, como el péndulo, entre las opiniones más contradictorias e incluso absurdas.

J. VALLET DE GOYTISOLO.